

sentimientos que inspira la calma y la vista de un cielo azul, tachonado de brillantes estrellas.

Suspendamo por un instante la narracion de nuestro viaje, y avancemos algunas páginas del manuscrito de Genaro. Continuaba este así:

## CAPITULO CVIX.

Continúa el manuscrito de Genaro.

Tu padre se unió á la princesa de H., que hoy es su esposa, ignorando lo que de tí habria sido, y toda su ambicion era tener un hijo á quien legar su nombre y su inmensa fortuna.. Mas como el amor no presidiese ese enlace, Dios no les dió familia alguna, y veia Milord con tristeza extinguirse en él el nombre de sus antepasados

La princesa tenia una hermana jóven y hermosa, unida á un noble de Italia. Esta pobre ven se llamaba Esperanzo; un dia en que Milord y su esposa se paseaban en los jardines de una de sus quintas, á inmediaciones de Lóndres, la princesa recibió una carta de Esperanza, en la

que ésta le anunciaba que poderosos enemigos que tenia su esposo, le habian envuelto en una nebulosa intriga, en la que habia perdido la vida y su fortuna.

La jóven se encontraba, pues, en Italia, sola, abandonada, teniendo que luchar con los horrores de la miseria, y con el ódio de sus enemigos. Enternecida la princesa, con la desgracia de su hermana, se arrojó llorando al cuello de su esposo, suplicándole enviase por Esperanza, para que viniese á su lado; tu padre, que tiene un corazon noble y generoso, no pudo resistir a las súplicas de su esposa y un mes despues, ambos estrechaban en sus brazos á la jóven viuda que acababa de llegar de Italia. Esperanza era muy bella; pero la huella del dolor habia marchitado las rosas de sus mejillas; el llanto habia apagado su mirada; y su semblante pálido y demacrado, hacia apenas conocer que aquella jóven contaba solo veinte años; su traje de negro duelo, realzaba mas la melancólica hermosura de Esperanza, y su hermana y Milord, llegaron á amarla con delirio. La jóven estaba en estado interesante, y como solo pasaba sus dias en el retiro y en el llanto, se llegó á temer seriamente por su vida; así trascurrieron seis meses, sin que nada fuese capaz de mitigar el abatimiento y el dolor profundo de la jóven viuda; lo que por tanto tiempo se habia

temido, se realizó al fin; Esperanza dió á luz á una hermosa niña, que al nacer extinguió la vida de su madre. Muerta Esperanza, la recién nacida quedaba huérfana y sola sobre la tierra; compadecidos Milord y su esposa, del destino de aquella pobre niña, juraron ambos sobre el cadáver de su madre, que puesto que no tenian hijos, aquella huerfanita lo seria para ellos; y así fué en efecto; desde aquel dia, Milord y su esposa, se dedicaron á la tierna criatura que el cielo les habia deparado; Leonor creció, y formó entonces la delicia de aquellos esposos que la amaban con el delirio con que se ama á una hija: la pobre niña ignoró siempre la triste historia de su infortunada madre; y la tierna jóven, cree que ha vivido de continuo, al lado de sus padres; Milord y su esposa, la hacen pasar siempre por su hija, y pocos, muy pocos son los que conocen la realidad de su origen, y la triste historia de Esperanza.....

Mi madre calló; y yo, que la habia escuchado en el mas riguroso silencio, imprimí un beso en su frente, cuando hubo concluido, y exclamé:

La historia que acabais de contarme, madre mia, abre ante mi vista un horizonte de felicidad, las desgracias de Leonor, la semejanza que su historia tiene con parte de la mia, la hacen mas amada á mi corazon, y al saber que nada impide mi union con ella, bendigo al cielo que me ha de-

parado un padre tan generoso y tierno como Milord..... Si hijo mio, amalo mucho, murmuró mi madre, secando una lágrima que surcaba por sus demacradas mejillas; amalo mucho, porque Milord ha sido muy desgraciado..... iba yo á responder á mi madre, cuando la entrada de Mis Eugenia que traia la comida, vino á interrumpir nuestra conversacion. La jóven colocó una mesita delante de mí; allí al lado de mi madre; y comenzó ella misma á servirme con seductora gracia; yo estaba mortificado, y conociéndolo mi madre, no te mortifiques Genaro, me dijo; Eugenia ha sido para mí una hija; ella y Justo son los únicos que ha mucho tiempo admito á mi presencia; no extrañes pues, que ella y no otros te sirvan, porque á todos está vedado penetrar en esta pieza, y yo no quiero que tú te separes de mi lado un solo instante; despues, volviéndose á la jóven, añadió: ¿Verdad Eugenia, que tú servirás con placer al señorito?

¡Ah, mi generosa protectora! replicó la jóven conmovida; ¿cómo podria no hacer con inefable contento, una cosa que proporciona á mi segunda madre, momentos deliciosos de satisfaccion y de placer?.....

Al hablar así, sus azules ojos se fijaban con tal ternura en los de mi madre, que yo conmovido, no pude menos de exclamar: ¡Sois un ángel se-

ñorita; el cielo os bendiga, por el amor que profesais á mi madre!.... Eugenia bajó la vista ruborizada, al escucharme.

La comida que me sirvieron, fué verdaderamente magnífica, y no dejaba nada que desear, yo la tomé con el mas vivo placer, y mi pobre madre, se complacia al ver mi apetito, ¿qué siempre has tenido el mismo gusto por la comida, hijo mio? No madre mia, muchos dias he pasado sin probar nada, cuando estoy angustiado, regularmente, no tengo ningun apetito. Mas ahora soy feliz, me apresuré á replicar, y veis con cuanto placer, tomo estos delicados platos.

—¡Bendito seas, hijo querido, al endulzar quizás mis postrimeros dias, con el fuego de tus bellas expresiones?..... Genaro, tú sabees de veras llamar.....

Y vos, madre sabeis aun mas que yo mismo.

—¿Lo crees así?

—Sí, esa es mi opinion.

—Te lo agradezco, Genaro, puesto que con ello me pagas lo poco que hayas podido gozar del cariño de tu pobre madre.... Al hablar ella así me levanté de la mesa, é imprimí en su frente un ardiente beso.

—¿Qué ya no quiere vd. algo mas señorito?

—No, agradezco mucho sus finezas; pero he comido á las mil maravillas.

—Ahora Eugenia, no te olvides, repuso mi madre, que traigan la cama.

—Sí señora, lo vamos á hacer al momento.

En efecto, pocos minutos despues, entraba de nuevo la doncella en compañía de Justo, y traian una cama que prepararon en la misma alcoba de mi madre, y en seguida se salieron; pero Eugenia ántes se volvió hácia ella, y le dijo:

—¿Mañana temprano, cuando venga el doctor, lo dejaré entrar?

—No, Eugenia, le dirás que aun duermo y que venga á la mitad del día.

—Está muy bien, señora.

—¿Qué horas son? preguntó mi madre.

Eugenia sacó de su cinturón un pequeño reloj, y dijo:

—Son las siete de la noche, señora.

—Entónces lo mismo que siempre, á las ocho me traes mi té con leche.

—¿No se le ofrece á vd. más?

—Nada más, Eugenia.

La jóven partió.

—¿Cómo se hizo vd. de esta jóven, madre mia? pregunté yo entonces.

—Su historia es muy sencilla. —Tenia Eugenia doce años cuando vinieron á suplicarme la tomase porque era huérfana, jóven en extremo

bonita; y se hallaba empleada en un hotel de segundo órden, donde estaba de continuo expuesta á perderse.

—Hasta ahora, ha sido una niña, me dijo la persona que me la recomendó; pero hoy comienza ya á entrar en una edad en extremo peligrosa.

—Tenia razon, y yó, por otra parte, tambien necesitaba tener á mi lado, una jóven á quien confiar las penas que de continuo me agobiaban; porque aunque Justo, siempre ha sido el mas fiel de mis servidores, sin embargo, Justo se mantenía la mayor parte del tiempo, léjos de mí; yo se lo tenia así prevenido, porque queria recibir diariamente noticias tuyas, y teniéndolo á mi lado, esto no hubiera sido posible; me fué pues, preciso mandarlo á Inglaterra, para que de allí se comunicase bien á menudo con su familia, á quien tú tan íntimamente tratabas, y por medio de la cual, sabia yó hasta tus mas íntimos pensamientos; pues bien, con el objeto de poder tener á mi lado un corazón, sobre el que poder descansar, y derramar libremente mis lágrimas, me convertí en protectora de Eugenia, la saqué de aquel sitio en que iba á perderse, y pedí me la diesen, puesto que era huérfana; como allí, nadie cuidaba ni se interesaba por ella, no se tuvo dificultad en acceder á mi deseo, me ocupé yo, entónces

en educarla, porque vino á mi poder en el estado de la mas completa ignorancia; pronto pude formar á mi manera su corazon, y desde luego, comprendí que Eugenia, me profesaba un cariño intenso; mas tarde tuve, al fin, que revelarle todos mis sufrimientos, porque ella me veía llorar todos los dias, y corría; entónces hácia mi, llenaba de ardientes besos mis manos, y postrándose á mis piés, me conjuraba que le confiara la causa de mis sufrimientos; ¡ah! eran tan ardientes sus plegarias, que no pude resistirlas por mucho tiempo! Tenia Eugenia 18 años, cuando supo la historia de mis martirios, y desde entónces es mi consoladora; sí no se aparta de mi lado ni un solo instante, y de continuo, me llena de consuelo, y endulza mis amarguras, derramando en mi alma, el bálsamo de la esperanza y cuando vé que mi pena es tan profunda, que no escucho sus palabras, llora..... une con las mias sus lágrimas, y de esta manera, me obliga á no llorar tanto, porque se distrae mi afliccion, al ver que causo con mi llanto, tanto daño.

Pero, ¿qué es lo que veo Genaro, exclamó mi madre, cuando al fijarse en mí, notó que mis lágrimas corrían en abundancia.

—¡Ah! ¿por qué lloras hijo de mi alma? que, ¿mis palabras te han hecho mal? dímelo, exclamó

con un acento angustiado, para que no vuelva á entristecerte con ellas.

—¡Ah madre mia, madre mia! exclamé arrojándome en sus brazos; no, no son buestras palabras las que me han conmovido, es ver lo que habeis sufrido por mí, y las preciosas lágrimas que por mí habeis derramado, lo que me parte el corazon.....¿sufrir tanto por mí?..... ¡Dios mio! cuando yo hubiera dado mi existencia por ahorrarte una sola lágrima.... pero, vamos, madre querida, estoy ancioso por saber, cuál puede ser el poderoso motivo que te ha hecho vivir toda la vida, léjos de tu hijo; dímelo, porque ya no puedo por mas tiempo resistir, á la ánsia inmensa que me consume, por saber al fin todo, ¿no me lo quieres rebelar aún, madre querida?

—Sí Genaro, sí hijo mio, todo lo sabrás dentro de unos cuantos momentos; lo que quiero es, que quedemos solos enteramente, y que cerrando las puertas, nadie nos pueda escuchar, para esto poco falta, despues de las ocho tendremos ya la mas completa libertad, ¿me escuchas hijo mio?

—Sí, madre mia, esperaré.

En efecto, poco despues apareció de nuevo Eugenia con una pequeña charola en la mano, traía efectivamente, á mi madre, una jarrita de leche y otra con tè, y un plato de pastelitos de

pasta sencilla: mi pobre madre, no tomó aquello con placer. Hijo mio, toma tu tambien, me dijo con dulzura.

—Madre mia, acabo de cenar, y lo hice á las mil maravillas.

—Sin embargo, una tasa de té no te puede hacer daño, vamos, acompáñame.

Yo me habia propuesto dar gusto á mi madre en todo lo que de mí exigiese, de consiguiente, no repliqué mas, sino que sentándome en su misma cama, tomé lo que ella deseaba, y preparándole ella misma, lo habia puesto en mis manos. Miétras comiamos, entró Justo; sabes, le dijo mi madre, que me siento tan bien ya, que mañana pienso levantarme.

—¡Ay señora, yo no sería de ese parecer! hace unos cuantos dias, habeis visto á la muerte, y cualquiera imprudencia.....

Sí, madre mia, permanece mejor en tu cama, yo no me separaré de tu lado, luego debe ser igual para tí el estar levantada.

—No Genaro, porque quería pasear contigo, quería enseñarte todo este país, y que hiciésemos juntos una pequeña escurcion al Niágara y á los preciosos contornos de Nueva York; quería tambien, llevarte á enseñar todas mis magníficas posiciones, que no tienen mas dueño que tú; hijo

mio, todo esto lo querría yo ver, y es por lo que deseo levantarme.

—Madre mia, esperaremos la venida del médico, y si su opinion favorece tus deseos, te levantarás; pero si aun no es tiempo, tú permanecerás algunos dias más en tu lecho, y luego, endremos el gusto de que se realicen tus aspiraciones.

—Por fortuna, el doctor no es amigo de la cama, replicó mi querida madre, y así espero se conformará con ellas.

Habíamos concluido de tomar el té, cuando D. Justo y Eugenia se sentaron á conversar un momento con nosotros; se conoce que era esta una antigua costumbre.

Sin embargo, diéron las nueve, y como no se despedían aún, porque tal vez acostumbraban acompañar á mi madre hasta las diez, ella, que como yo, estaba impaciente porque nos dejasen solos, exclamó:

—Ya dieron las nueve, ¿no es verdad Justo?

Este sacó su reloj, lo vió y contestó á mi madre:

—Sí señora, son las nueve y tres minutos.

—Pues es tiempo ya de que te acuestes, Genaro: ahora, hijo mio, debes estar fatigado y te recogerás temprano.

—Es verdad; ¡no pensábamos en el señorito, dijo Eugenia un tanto avergonzada.

—Pero ya lo veis; yo mismá, os he hecho pensar en él.

Pues con el permiso de ustedes nos retiramos; ya sabe usted señora, que si se le ofrece algo, nos tiene cerca á su disposicion.

—Gracias Eugenia.

Se despidieron ambos de nosotros, y entonces mi madre me encargó que cerrase bien todas las puertas, lo que hice con el más escrupuloso cuidado; en seguida me senté cerca de su lecho, y le dije:

—Ahora sí, madre querida, creo que puedes ya comenzar á revelarme esa historia para mí de un interes tan vivo, que tanto he deseado saber en todos los años de mi existencia; el momento tanto tiempo anhelado ha llegado al fin, y estoy pendiente de tus palabras.....

Mi madre se sentó en su lecho, y viéndome fijamente exclamó:

—Y bien hijo mio, voy á revelarte mi historia; escúchame con atencion.

Mas tiempo es ya de cerrar la cartera, porque otras materias reclama nuestra atencion.

## CAPITULO CXV.

Viaje á Munich; partida de Viena; aspecto del camino.—Poblaciones por donde pasamos; algunas indicaciones sobre ellas.—Neustard, Salzburg.—Nuestra llegada á Munich.

Serian las seis de la tarde cuando volvimos de la estacion á la que habiamos acompañado á Fermi-  
na [nuestra aya], hasta verla partir para Roma  
donde iba á visitar á su familia, y debiamos reu-  
nirnos con ella en Paris: como era la primera vez  
que nos separáramos, volvimos tristes al hotel.  
Afortunadamente aquella noche nos fue preciso  
arreglarlo todo para continuar nuestro viaje, y  
a la mañana del siguiente dia partimos con nues-  
tra querida familia, tomando el tren que de-